



Antología de Cuentos Infantiles

* Primera edición. Septiembre de 2010

* Dibujos: Carlos Miranda Mena

Este libro fue fabricado por la Cooperativa Cartonera “Cuenteros, Verseros y Poetas”, Unidad Penitenciaria N° 23 de Florencio Varela, Pabellón N° 4.

COOPERATIVA CARTONERA

Cuenteros, Verseros y Poetas

Prólogo

Este prólogo será breve. Muy, pero muy breve. Y será breve porque soy un intruso en una aventura ajena. Y como indiscreto testigo de una hermosa creación, no deseo interrumpir la íntima conexión que en breve generarán nuestros pequeños lectores con nuestros noveles escritores. Mi papel en definitiva, es el papel de puente entre esos niños y los autores. Y como todos saben, no hay nada más, pero más aburrido que un puente de papel prologando un libro.

Por eso es que escuetamente les informo que este es el primer libro que publicamos en nuestra Editorial Cartonera “Cuenteros, Verseros y Poetas”. Y este hecho nos pone doblemente orgullosos. Primero por sacar nuestro primer libro cartonero a la calle y segundo por que quienes reciben este primer libro son chicos con muchas ganas de leer, de escribir y de volar con la imaginación. Porque leer es elevarse. Leer es edificar nuestra formación cultural. Leer es prepararnos para poder entender mejor las cosas que nos pasan en la vida. Leer es...no sé muy bien que más es leer porque como les dije antes, yo soy un puente bastante aburrido y como todos saben los puentes aburridos tenemos muy mala memoria.

Pero con mala memoria y todo no quiero dejar de decir que esta es la historia de una pasión. Una hermosa y avasallante pasión: la pasión por los libros.

Bienvenidos a nuestro mundo, al mundo de la orgullosa resistencia de un grupo de escritores quienes, con todo en contra, deciden leer, escribir y luchar por un sueño.

Un sueño que queremos compartir con todos ustedes.

¡Que lo disfruten!

ALBERTO SARLO

Miembro bastante versero de la Cooperativa Cartonera

“Cuenteros, Verseros y Poetas”

El conejo y la tortuga

NÉSTOR MARTÍN SANTILLÁN

En un lejano bosque, vivía una familia de conejos. Durante el día los conejitos salían con su mamá a jugar al sol y a comer pasto fresco. Su madre no se cansaba de decirles “Jueguen acá, en este lugar, y no se vayan, ni se alejen, porque se pueden perder.

Pepito, que era el conejito más chico, un día se alejó de sus hermanos y se fue para el medio del bosque. En su camino se encontró con una tortuga “Hola”, dijo Pepito “Hola”, respondió la tortuga “Yo soy la Tortuga Veloz” “¿Veloz?, Jua, Jua, Jua...” dijo Pepito burlándose “¡Qué vas a ser veloz vos si sos una tortuga común y cualquier”, continuó diciendo entre risas “¿No me crees? Vamos a jugar una carrera. El que llega primero al Gran Arbol del bosque gana” y dicho esto por la tortuga, Pepito se lanzó en veloz carrera convencido del triunfo. Pero a los pocos pasos, Pepito observó pasar a su lado como un rayo veloz a la tortuga quien llegó al Gran Árbol primero gritando “¡Gané, gané!...Viste que soy veloz”.



De esa manera se hicieron amigos y comenzaron a jugar en medio del bosque, alejados del lugar permitido por la madre de Pepito. El sol se ocultó y empezó a caer la noche. Mamá coneja estaba muy preocupada porque Pepito no regresaba y salió a buscar a Pepito. En el camino le preguntó a una langosta “¿No has visto a mi hijo?” y la langosta contestaba “No señora, no lo he visto en todo el día” y entonces Mamá coneja seguía buscando y buscando mientras se hacía cada vez más tarde, y como no lo encontraba se puso a llorar temiendo que su hijo haya sido atacado por algún animal salvaje.

“¿Por qué lloras coneja?” preguntó desde la oscuridad un voz cavernosa. Al mirar de donde provino la voz, Mamá coneja observó unos enormes ojos amarillos y una boca abierta con dientes muy afilados provenientes de un Lobo hambriento que estaba acechando detrás de una roca. Mamá coneja empezó a correr y correr. Corrió y hasta que se metió en un agujero de un árbol. El Lobo estiraba su mano dentro del agujero pero con sus garras no lograba alcanzar a la Mamá coneja quien gritaba desesperadamente pidiendo ayuda. Tanto y tan fuerte gritó que los gritos llegaron a los oídos de Pepito y la tortuga, quienes se acercaron y lograron ver el temible

espectáculo. Pepito desesperado le dijo a la toruga que era su mamá la que estaba atrapada. Entonces la tortuga le dijo a Pepito que no hiciera ruido “Tengo un plan” dijo “Tengo un plan“ volvió a decir “Bueno” dijo Pepito “Apurate con ese plan que ese lobo feo se va a comer a mi Mamá” “Bueno, yo ahora me voy a meter en el árbol con tu mamá, mientras vos me esperás en la cuevita que está atrás nuestro. Una vez que yo esté adentro vos salís y me distraes al Lobo así me puedo escapar con tu Mamá” “Bueno”, contestó Pepito.

La tortuga tomó carrera y salió disparada como una bala, pasó por debajo de las patas del Lobo y se metió en el agujero del árbol con Mamá coneja. Fue tan veloz la tortuga que el Lobo ni cuenta se dio de lo que pasó. En ese preciso momento Pepito apareció por la puerta de la cueva y le gritó al Lobo “¡Lobo tonto! ¡Lobo tonto! Acá estoy ¿A que no me atrapás?” El Lobo se dio vuelta para ver quien lo llamaba, mientras tanto la tortuga le decía a Mamá Coneja “Subite arriba de mi caparazón y agarrate bien fuerte que nos vamos de acá enseguida”. El Lobo seguía dado vuelta tratando de adivinar desde donde le gritaban Lobo tonto, y en ese preciso momento al lado suyo pasó como un rayo la tortuga cargando en

su caparazón a Mamá Coneja. El Lobo no podía creer lo que veía: Una tortuga rapidísima que transportaba a una Mamá Coneja. El Lobo totalmente sorprendido empezó a correr a la tortuga, pero no pudo alcanzarla. La tortuga tardó muy poco en llegar a la cuevita junto a Pepito quien estaba muy contento por volver a ver a su madre sana y salva.

Pero el Lobo quedó enfurecido afuera de la cuevita y les dijo “Tengo todo el tiempo del mundo, así que los espero. Cuando salgan me los como a los tres, porque las tortugas también me gustan”. Y las horas pasaron y el Lobo no se iba de la puerta de la cuevita. Pero la tortuga, aparte de ser veloz, también era inteligente y dijo: “Vamos a hacer una cosa. Yo hago que el Lobo me persiga a mí y ustedes corran hasta su casa” Mamá Coneja y Pepito se abrazaron a la tortuga y le dieron las gracias por el riesgo que iba a asumir “Cuando te escapes del Lobo venite para nuestra casa que te vamos a estar esperando con una rica cena” Entonces la tortuga salió otra vez corriendo mientras le gritaba al Lobo: “¡Lobo tonto! ¿A que no me atrapás?” El Lobo comenzó a correr a la tortuga, momento que aprovecharon Mamá Coneja y Pepito para salir corriendo directamente para su casa. Al



Coquito el monito

RODRIGO ACOSTA PAEZ

Había una vez un monito llamado Coquito, que vivía en la selva con sus padres y hermanitos.

Coquito era muy inquieto, y le gustaba mucho jugar con amiguitos en los árboles. Hacer piruetas de árbol en árbol. En cuanto a su padre, mucho no le gustaba porque era muy pequeño, pero Coquito era bastante desobediente y escapaba cada mañana de sus padres, sin importarles el peligro que corría lejos de ellos.

Saltaban de acá para allá, y así hasta llegar a una laguna no muy lejos de su casa, donde se bañaban casi todo el día con sus amiguitos Pipo y Tito, dos monitos tan desobedientes como él. En la laguna se alimentaban de pescaditos y cuanto cosa rica se les cruzaba por el camino. Así ellos iban creciendo siempre juntos. Su papá viendo que Coquito era tan inquieto y desobediente, tuvo que ponerle límites y mostrarle el peligro que corría lejos de ellos y llevó a Coquito hasta un lugar donde se alojaban animales de muchas clases como leones, hienas, víboras

de gran tamaño y muchos otros animales salvajes.

Cuando volvían de regreso a casa, se tuvieron que trepar a un árbol grandísimo porque un León quiso probar sus deliciosas carnes y quedaron varias horas allí, hasta que el León y su manada se retiraron. En cuanto a Coquito, empezó a razonar del peligro que lo acechaba en la selva. Llegando a su casa, pasaron por la Laguna donde Coquito y sus amiguitos se divertían cada mañana y vieron que de las profundidades de la laguna se asomaban varios cocodrilos y un paso más lejos, unos temibles hipopótamos.

Coquito dijo a su padre: “Papi, esta es la laguna donde me divierto cada mañana al escapar de casa”, y el padre le respondió muy enojado: “Pudo haber sido tu fin Coquito, porque los cocodrilos y los hipopótamos se alimentan de cuanto cosa se les cruza” Estando ya en casa, se acercaron Tito y Pipo, los monitos traviesos, y le preguntaron a Coquito adonde había ido Coquito con su papá. Coquito les respondió: “Fui a conocer el peligro de esta selva, y no volveré a ir más a esa laguna”. Coquito le explicó a sus amiguitos todo el recorrido que hizo con su Papá. Y ellos también entendieron de los terribles riesgos de andar por la selva sin los padres.

A partir de allí tanto Coquito, como Tito y Pipo, juegan cerca de sus padres y se divierten de igual manera que antes, haciendo piruetas con Doña Jirafa y con una elefanta muy conocida por la familia que se llama Doña Coca. Coquito es feliz por haber sabido escuchar a su Papá cuando le habló de los peligros de la selva.

Coquito creció y siguió haciendo piruetas como siempre, y hoy hace reír a miles de animales en un Circo muy conocido de la selva que crearon los propios monitos, siendo que Coquito, Pipo y Tito son las estrellas haciendo mil piruetas y monerías.

Esto nos enseña que siempre hay que escuchar a Papá y a Mamá y así lograremos llegar a nuestro mejor desempeño y cumpliremos los sueños que todos tenemos bien adentro de nuestros corazones.

Alas de libertad

DIEGO GABRIEL MANSILLA

El día que el Sol ilumine cada corazón,
estoy seguro que un milagro se producirá.
Las nubes del alma desaparecerán
y un enorme Arco Iris invadirá todo el Universo.
Ese día serás libre,
como el más pequeño de los pájaros.
Y todos estaremos junto a vos,
para recorrer el camino de la vida,
y enfrentar con valentía cada obstáculo.
No te olvides que de la experiencia, viene la sabiduría,
Y de la sabiduría el saber.



Donde está la luna

CARLOS ALBERTO MIRANDA MENA

Una noche de verano sumamente calurosa, una noche de fines de diciembre, salí a tomar aire afuera de la cabaña que ocupaba temporariamente.

La noche era apacible y hermosa. A mi alrededor todo estaba tranquilo y en el aire flotaba un no se qué extraño y fascinante. El cielo estaba totalmente despejado y me pareció un océano lleno de misterios. De pronto, sin saber porqué, me dieron unas ganas bárbaras de mirar la luna.

La busqué y la busqué con la mirada, y nada. No se la veía por ningún lado. Me puse un par de anteojos, y nada. Me los saqué, los limpié cuidadosamente, me los volvía poner....nada.

Recordé que tenía un potente telescopio a mano. Me pasé un rato largo mirando el cielo a través de su lente. Pero la luna no aparecía por ningún lado. Mi ánimo se opacaba por la falta de su presencia.

Nubes no había ni una. Estrellas, un montón. Pero la luna no estaba. Me fijé si el Nono sabía el motivo de este

misterio, ya que los Nonos saben de todo. Pero el Nono no está. Se fue al campeonato de Truco. ¿Dónde se había metido la Luna? ¿Cómo podía ser que no estuviera? En algún lugar tenía que estar. Decidí esperar. Esperé con ganas. Esperé con impaciencia. Esperé con curiosidad. Esperé con ansias. Esperé con entusiasmo. Esperé y esperé. Cuando terminé de esperar miré al Cielo y nada.

Cuando pude sobreponerme a mi decepción, me serví un té. Lo bebí lentamente. Cuando lo terminé de tomar la Luna seguía sin aparecer. Me serví otro té. Cuando lo terminé de tomar ya había tomado dos. Pero de la luna, ni noticias. Después de la décima tasa, el té se me había acabado y la luna seguía sin aparecer. Paciencia por suerte todavía tenía. Consulté a las amigas del colegio de mi hermana mayor “Eclipse no hay”, dijeron. Volví a tomar el telescopio. Enfoqué bien, apuntando a diferentes direcciones. El cielo nocturno era maravilloso.

De pronto, me sorprendió encontrar algo. Algo que no esperaba ver, mucho menos en ese momento y en ese lugar. Ahí a lo lejos, entre tantos planetas con tantas estrellas y tantos cuerpos desconocidos que se movían en el Espacio, había un pequeño planeta con un cartelito que decía “Futurama”. Le di mayor potencia al telescopio y

pude ver claramente que en la terraza de mi casa todavía estaba colgada la ropa que me había sacado antes de ponerme el traje de astronauta. Adentro, en el comedor, mi hermana y sus amigas, comían ravioles con tuco y miraban un noticiero por televisión. En ese momento justo estaban mostrando a un periodista que mostraba una foto, donde aparecía un grupo de niños que lo único que hacían durante todo el día era ver televisión, mirando dibujitos animados sin parar, lo que hacía que nunca escuchasen a sus papás y que nunca entendieran si estaban en sus casas o dentro de una película de dibujos animados. El periodista seguía explicando de lo malo que hace pasarse todo el día frente al televisor y de las secuelas y trastornos que se producen, manifestando que los chicos dejan de hacer los deberes y comienzan a fantasear y a confundir la verdad y la fantasía.

En ese momento decidí salir a la calle, y al salir a la calle mágicamente pude ver a la Luna. Me tranquilicé en medio de la hermosa noche y me quedé afuera disfrutando serenamente del estrellado firmamento con la boca abierta. Recién allí caí en la cuenta. Desde afuera pude ver que yo no era un astronauta y que la realidad era distinta a lo que imaginaba. Mi mamá tiene razón,

mucha televisión hace mal. Hay que dedicar el tiempo libre a jugar y a terminar los deberes. Podemos ver un poco de dibujitos, pero después hay que estudiar, estudiar mucho y no dejarme confundir por las cosas que veo en la televisión.



La gran carrera

AMALIO FLORENCIO BIASOLI PORTEL

Por fin llegó el gran día. Todos estaban esperando con ansias que llegue este momento y por fin llegó. Si, empezó la carrera de 50 kilómetros sin parar para los seis sacrificados participantes. El primero es el Correccaminos, el segundo es Speedy Gonzalez, el Tercero Huesos el perro de los Simpsons, el cuarto el Coyote, el quinto el Gallo Claudio y por último, la tortuga Yessi.

Todos los participantes largaron al máximo de su potencia, salvo por la tortuga Yessi, que con una enorme paciencia, avanzaba paso a paso. Por delante de ella iba el Gallo Claudio, delante de éste corría el Coyote, en tercer lugar Huesos y primeros palmo a palmo, Speedy Gonzalez y el Correccaminos.

Mientras corrían en primera posición, el Correccaminos le dice a Speedy Gonzalez: “Amigo Speedy, el único competidor que corre tan rápido como yo, sos vos” “Corro como vos y si quiero, mucho más”, contestó con soberbia Speedy, dicho esto, Speedy aceleró al máximo y

el Correccaminos no se quedó atrás.

Huesos también corría a máxima velocidad, pero no tanto como los dos primeros. El resto se iba relegando poco a poco. Huesos, se reía para sus adentros y decía: “tengo que mantener este ritmo y esperar que el Correccaminos y Speedy se cansen o lesionen, entonces la carrera será mía”.

El Gallo Claudio no estaba muy comprometido con la carrera. Poco a poco empezó a atrasarse y le dijo a Yessi: “Tortuga, ¿Vos crees que estamos preparados para esto?” “Mirá Claudio, a mi lo que me importa es participar y llegar a la meta. No estoy obsesionada con salir primera o crearme que soy la mejor o la más rápida” contesto Yessi, mientras seguía avanzando muy lentamente. “¿Pero me vas a decir que no te gustaría ganar la carrera Yessi?” “Claro que me gustaría ganar. Pero más me gusta participar y llegar al final” volvió a contestar.

Bastante más lejos que el Gallo Claudio y la tortuga Yessi, corrían el Coyote que poco a poco había alcanzado a Huesos. En ese momento Hueso le dice al Coyote: “Amigo Coyote, nunca pensé que me ibas a alcanzar” “Es que estuve entrenando más de seis meses para esta carrera. En lo único en que pensé todo este tiempo es en ganar y

salir primero. Solo eso: ganar y salir primero” dicho esto, el Coyote avanzó y superó por muchos metros a Huesos, quien desesperadamente comenzó a acelerar únicamente para intentar no quedar en cuarto lugar.

Todos los competidores corrían y corrían. Y sufrían y sufrían ya que todos temían no ganar la carrera. La única competidora que corría con alegría y felicidad era Yessi, quien tenía muy, pero muy clara que su único objetivo era participar de la competencia haciendo el mejor papel posible.

El primero en abandonar fue el Gallo Claudio, quien al advertir que nunca podría alcanzar al Correcaminos ni a Speedy Gonzalez, prefirió el abandono. El Gallo Claudio no quería correr para competir. Correr para no ganar no le servía para nada. En un segundo dejó de correr y se fue para su casa a comer maíz.

El Correcaminos y Speedy estaban seguros que iban a ganar. Se desternillaban de la risa viendo desde muy lejos al resto de los compañeros. En ese momento ambos se sentaron a descansar un rato. Se sentían muy seguros. Ya tenían la carrera en el bolsillo. En ese momento el Correcaminos comenzó a tomar mucha agua y mientras tomaba y tomaba le dijo a Speedy: “Mirá amigo, los

otros son unos fracasados, principalmente la tortuga que no puede llegar a ningún lado, Ja, Ja, Ja” “Tenés razón Correcaminos, esa tortuga no puede correr ni dos metros, Jui, Jui, Jui. Amigo, estás tomando mucha agua y te va a caer muy mal. Tenés que tomar menos porque te vas a hinchar la panza” “Speedy, yo soy el mejor puedo tomar toda el agua que quiera”. Al observar que de lejos venían corriendo Huesos y el Coyote, ambos se levantaron y volvieron a correr a toda velocidad.

En cuanto comenzó a correr el Correcaminos sintió que su panza estaba muy hinchada lo cual le hizo cambiar la respiración y la respiración y el dolor de panza lo traicionó y se quedó sin fuerzas, teniendo que abandonar la carrera con una bronca enorme, dejando a Speedy en primer lugar. Pero Speedy al ver que el Correcaminos había abandonado comenzó a saltar y saltar festejando que iba a ganar y como saltaba desconcentrado sin ver el camino, Speedy no vio un vidrio que pisó y le lastimó su patita derecha. Speedy se asustó por la lastimadura, se vendó el pie, pero no quiso seguir caminando por miedo y por falta de coraje.

Entonces el Coyote pasó en primer lugar y cuando vio a Speedy sentado al borde del camino, empezó a cargarlo

y a hacerle burla mientras seguía corriendo para adelante, siempre para adelante. Pero por cargar y burlarse de Speedy, el Coyote no vio una bifurcación en el camino y siguió corriendo para adelante en vez de doblar a la derecha. El Coyote se metió en medio del bosque y se perdió entre los Tilos y los Ombúes. Nunca más volvió a la carrera y todavía no sabemos que fue del pobre Coyote....

Quedaban solo dos participantes, Huesos y Yessi, pero Huesos estaba muy cansado y cuando vio que ningún competidor seguía corriendo pensó que a nadie le interesaba la carrera, y como a él tampoco le interesaba correr y cansarse optó por volver a su casa a para jugar con Bart y con Homero.

Yessi fue la única que sigue en carrera. Yessi, paciente y parsimoniosamente nunca se quejó, nunca festejó antes de tiempo y nunca se burlo de ninguno de los compañeros que habían abandonado, y con esa paz y esa tranquilidad Yessi cruzó la meta. Yessi solo quería competir lealmente y fue la única que nunca se desesperó. Por eso gana Yessi.

Tal vez no haya sido la más rápida, pero indudablemente fue la mejor.



La chica contorsionista

DANIEL ADRIÁN GARCÍA ACOSTA

No tengo amigas, pero me llevo bien con los rayos.

¿De dónde quiero escapar? ¿Adónde quiero llegar....?

No lo sé. Del amanecer hasta la noche doy vueltas a lo mismo, como si poner un brazo aquí, una pierna allá, me impidieran caer en el dolor....

No hay dolor para mí. Es fundamental que sepan eso: no hay dolor y no entiendo a las personas que siguen inmóviles aferradas a lo mismo, o que dejan que las cosas sigan en su lugar. Yo sueño con un cuerpo distinto cada vez, y no me importa que sea el mío: Puedo pasar de leona a niña, de jirafa a cangrejo en pocos segundos, haciendo pequeños cambios.

Algunos piensan que lo mío no es flexibilidad, sino un error de base, como si me faltara un eje, un punto de sostén....puede ser.

Mi madre se horroriza al verme, y mi padre se ríe, se divierte conmigo como si dijera “¡Las cosas que hace esta chica....!”.

Sin ir muy lejos anoche tuve una pesadilla. Soñaba que estaba dormida y desnuda en mi cama.... ¡Cualquiera! (¿Se dan cuenta?) Cualquiera persona podía observarme..., mi novio, incluso, que es muy posesivo podía encerrarme en una cajita de cigarrillos o esconderme tranquilamente en un vaso....

La paloma iluminada

JUAN MARTÍN GONZÁLEZ QUEVEDO

Era una tarde muy linda de verano, los niños jugaban al fútbol en las calles de tierra porque por allí no pasaban autos. Las chicas jugaban a la mancha bajo la sombra de los árboles al costado de la Base de Morón.

Allí había un niño que jugaba poco porque sus padres le exigían que tenía que terminar de hacer sus deberes. El niño se llamaba José. Cuando José hacía la tarea, lo hacía frente a un ventanal que daba a la calle. José estaba muy triste en su casa, mientras los otros jugaban al fútbol, o se tiraban bombitas en épocas de carnaval. Cuando pasaban estas cosas era frecuente que se portara mal, entonces sus padres lo ponían en penitencia y le hacían limpiar el fondo de su casa donde había un taller sucio y lleno de hojas por los enormes árboles que lo rodeaban. El chico barría bajo un sol ardiente sin prestar atención a una paloma que observaba todo desde la rama de uno de los frondosos árboles. José estaba enojado con la vida que le había tocado y se preguntaba porque no podía jugar todo el día

como el resto de los niños de la cuadra, quienes jugaban y jugaban y nunca hacían la tarea que les encomendaban los maestros. Esos chicos habían abandonado la escuela. Muchos habían abandonado la casa para ir a vivir a la calle y se los veía más felices sin necesidad de ir a la escuela ni de hacer la tarea.

Hasta que un día, mientras se encontraba triste y meditabundo barriendo el fondo de su casa, sin ninguna esperanza de que su vida cambiara, renegando con su Madre y con su Padre porque lo tenían encerrado todo el día, juntando las hojas miró hacia el cielo y observó a la paloma que en forma calma le dijo: “Pequeño José, no estés triste. Tus padres te quieren. No pienses que todo es un mal para vos. Ellos quieren lo mejor para tu futuro. Con el tiempo sabrás porque te lo digo. Seguí yendo a la escuela, no pienses en irte de tu casa y vivir en la calle. Hay mucha gente mala afuera. Dios te tiene preparado algo para vos. Te vas a dar cuenta solo, pero tenés que hacerme caso.

“¿Y vos quien sos?”, preguntó José “Yo soy la que te mira limpiar todos los días. Sé muy bien que pensás en abandonar tu casa, tu familia y la escuela ¿Sabés como sé yo todo esto?” “Ni idea” dijo José “Ni siquiera sé como

podés hablar” “Haceme caso José. Tus padres te aman. Dentro de pocos años serás un joven feliz y te darás cuenta de porque Dios me mando hablar con vos” En ese momento la paloma alzó vuelo hacia el Sol, el Sol que siempre aparecía radiante cada vez que hablaba la paloma. Pero la paloma alzó vuelo y nunca mas volvió a hablar con José.

La vida de José continuó de igual manera, hasta que un día José volvió a ver a la Paloma en el árbol y le dijo” Che paloma....Ahora que volviste hay algo que tengo que decirte...yo sigo limpiando las hojas mientras todos se divierten y juegan a mi alrededor y yo nada, sigo yendo a la escuela y haciendo la tarea. ¡Explicame porque me pasa esto...! ¡Che paloma, contestame....!” Entonces sonó el timbre de su casa, atendió su madre y lo llamó a José. Quien había tocado timbre era el técnico de las inferiores de River, que lo vino a buscar a José para probarlo en el Club, porque lo habían visto jugar en la escuela, y uno de los curas se lo comentó precisamente al técnico de las inferiores de River que era amigo suyo. El técnico, previa autorización de los padres, coordinó para que José jugara en River y terminara el secundario.

José se probó en River, y como era muy bueno quedó como jugador de las inferiores. Hoy por hoy, José es uno de los mejores jugadores titulares de la primera de River Plate. Hace dos años que salió campeón y hace uno que terminó el secundario con las mejores notas. Está casado y tiene una hijita de un mes que se llama Paloma. José recién ahora se dio cuenta que sus padres siempre quisieron lo mejor para el, y que la paloma que le habló era la Virgen María y el Sol que la iluminaba era Dios.

Inocentes

MIGUEL ANGEL CATALANO

La pureza que hay en ellos es incomparable.
La sinceridad de sus ojos transmiten paz.
Sus palabras son tan dulces como la miel.
Sus sonrisas son la alegría de cada hogar.
La inocencia que los identifica es tan tierna como una paloma que pasa en un rosedal.

Los niños son la clara imagen de los ángeles que nos rodean constantemente en este mundo.

Ellos son el futuro de nuestra generación, sin ellos no existiría felicidad alguna.

Los niños son el brillante paraíso que coexiste en este oscuro mundo.



El arbol solitario

LUIS ADRIÁN VERAGUA

En una frondosa selva africana, se encontraba un árbol solitario, un árbol que desde hacía muchísimos años se encontraba solo, triste y muy abandonado. El árbol pensaba que moriría tan sólo como había vivido toda su vida. Pero un día, el árbol observó a lo lejos el vuelo de una paloma, la cual en forma sorpresiva decidió detenerse a descansar en una de sus ramas. Si bien la paloma se notaba muy cansada, luego de tomar un poco de aire le preguntó al árbol como se llamaba. El árbol le contestó. “Yo no tengo nombre. Me hago llamar el árbol solitario ¿Y tú cómo te llamas?” “Yo me llamo la Gran Corazón” contestó la paloma, entristecida por notar la soledad en las palabras del Árbol Solitario. “No quiero que esta pregunta te incomode, pero me gustaría saber cuantos años tienes y desde que tiempo estás sólo, Arbol Solitario” “Pues la naturaleza sólo nos permite vivir no más de doscientos veinte años. Dentro de diez días voy a cumplir doscientos años y tu eres el primer animalito que

me dirige la palabra desde hace cien años. Es más, pensé que nunca volvería a volver a hablar con nadie hasta mi muerte, doy gracias a Dios de que te hayas acercado, ya que de esta manera no me siento tan solo”.

La Gran Corazón, se puso muy triste por la respuesta del Árbol Solitario y tuvo una ocurrencia “No te preocupes por tu soledad, Arbol Solitario, la vieja Gran Corazón hará algo por ti”, dijo y se despidió, volando lentamente, como lo hacen las viejas palomitas.

La Gran Corazón se dirigió a su territorio, y al llegar juntó a todos sus amiguitos. El mejor amigo de la Gran Corazón, era el Rey de la Selva, el León Pepe, quien al enterarse de la realidad del Arbol Solitario se entristeció mucho y haciendo un descomunal rugido, llamó la atención de todos los animales de la selva. Cuando se juntaron todos, el León Pepe dijo: “Aquí nuestra amiga, la Gran Corazón, quien siempre ha hecho mucho por nosotros nos contó una historia muy triste....creo que es momento de hacer algo por nuestra vieja amiga y por un árbol que hace cientos de años está abandonado por todos nosotros” Todos los animales de la selva se interesaron por la historia del Arbol Solitario. Ninguno de ellos dudó un segundo en festejarle el cumpleaños

al Arbol Solitario. De esa manera, dirigidos por la Gran Corazón, todos fueron a visitar al Arbol Solitario el día de su cumpleaños.

Fue enorme la sorpresa del Arbol Solitario al ver desde lo lejos un montón de animalitos de la selva vestidos de cumpleaños. Primero apareció la Gran Corazón y detrás de ella todos sus amiguitos: El León Pepe y su familia, los monos, las panteras, los elefantes y hasta la orgullosa jirafa. Al llegar al pie del árbol, los elefantes acariciaron al Arbol Solitario con sus trompas, mientras los leones reposaban entre sus raíces y los monos saltaban de rama en rama. De la misma manera un montón de palomas comenzaron a hacer sus nidos entre las ramas más frondosas del Arbol Solitario, con la idea de instalarse para siempre. El Arbol Solitario lloraba de felicidad ya que no solo fue visitado el día de su cumpleaños, sino que se dio cuenta que nunca más estaría solo, y por ese motivo, con una hojita acarició a la Gran Corazón diciéndole: “Este es el regalo más lindo y hermoso que me han hecho en los doscientos años de mi vida y la Gran Corazón le contestó: “Mucho no me queda de vida ya que estoy muy viejita, pero estoy muy contenta ya que antes de que yo desaparezca, muchos amigos serán muy felices por algunas cosas que he hecho a

lo largo de mi vida”, “Tienes mucha razón paloma amiga” contestó el Arbol Solitario “Es muy bueno que sepas que cuando tu ya no estés más con nosotros, tu alma siempre nos acompañará porque tu no te quedaste solamente en palabras de aliento o cariño, sino que tu acción ha hecho que muchos en esta selva seamos mejores y más felices y eso nunca nos lo olvidaremos. Siempre te recordaremos por tu gran corazón...”

Las ardillas traviesas

GUSTAVO RODRÍGUEZ

En un bosque lejano, vivían un par de ardillas muy traviesas. Una de ellas se llamaba Aníbal, la otra Juanita.

Un día, las ardillas traviesas se escaparon para el lago. El lago era el lugar más peligroso del bosque. El consejo de ardillas ancianas les habían advertido que en esa pantanosa zona se escondían muchos peligros debido a los numerosos depredadores que habitaban el lugar. Había muchos cocodrilos hambrientos, sinuosas serpientes y salvajes jabalíes.

Las ardillas no conocían el peligro, y la curiosidad fue muy fuerte para ellas. La cotorra, que también era curiosa, algo chusma y un poquitín chismosa se dio cuenta que las ardillas estaban adentrándose demasiado en la zona del Lago. Trató de advertirles que se alejaran pero las ardillas no la quisieron escuchar ya que consideraban a la cotorra un animal bastante pillo. No obstante la actitud de las ardillas, la cotorra las siguió de árbol en árbol ya que estaba muy preocupada con lo que estaba pasando.

Las ardillas jugueteaban en las altas ramas, observando

a una familia de enormes cocodrilos que se estaban alimentando en el Lago y a un grupo de Jabalíes que se estaban peleando en las raíces del árbol. Pero en un descuido, Juanita perdió el equilibrio y cayó desde lo alto del árbol, lastimándose una patita. Juanita estaba muy dolorida pero no quería ni abrir la boca ya que se encontraba muy cerca de los Jabalíes, quienes atolondrados como eran no se dieron cuenta de la presencia de Juanita. Aníbal de inmediato empezó a descender cortando unas lianas, mientras que la cotorra observaba todo a la distancia. Aníbal le arrojó una liana a Juanita, pero la liana era muy corta y Juanita no pudo alcanzarla.

En ese preciso momento, una horrible lechuza vio a Juanita herida en el suelo y con un vuelo rasante, trató de cazarla. La cotorra de inmediato salió al cruce y dio un fuerte grito imitando al grito de las águilas. El grito fue tan potente que se escuchó en todo el bosque. La lechuza se alejó, pensando que se trataba de un águila que rondaba el lugar. Pero el grito hizo que los jabalíes dejaran de pelearse entre ellos y advirtiesen la presencia de Juanita.

Tan fuerte fue el grito de la cotorra que retumbó en la cueva del Oso Dormilón. El Oso Dormilón tampoco era

querido por las ardillas, ya que tanto Juanita como Aníbal lo discriminaban porque lo consideraban un animal muy sucio y que estaba todo el tiempo tirándose gases. El Oso Dormilón, que era amigo de la cotorra, se dio cuenta de que algo grave le pasaba a su amiguita y salió de inmediato para el Lago.

El más fuerte de los jabalíes tomó carrera con la intención de levantar por los aires a Juanita, y ésta ya resignada a su suerte se puso a llorar. Pero justo en el momento del impacto, apareció el Oso Dormilón que derribó varios árboles que rodeaban a Juanita, impidiendo al jabalí acercarse a Juanita. El Oso Dormilón les dijo a Juanita y a Aníbal: “Súbanse a mi espalda y agárrense bien fuerte”. Las ardillas se taparon la nariz y a bordo de la enorme espalda del Oso Dormilón escaparon del lugar.

Una vez fuera de peligro, el Oso Dormilón las bajó y les dijo: “Espero que esta sea la última vez que se ponen a jugar en el Lago. Esta vez, gracias a mi amiga la cotorra las pude salvar, pero tuvieron mucha, mucha suerte”. Las ardillas agradecidas le dijeron a la cotorra y al Oso Dormilón que por siempre iban a ser amigos y así terminaron con el prejuicio que tenían y entablaron una hermosa amistad.

Terry, el perrito valiente

CRISTIAN ROBERTO SCALABRINO PEREZ

En un muy hermoso día de invierno, en un campo de la Provincia de Tucumán, había un granjero llamado Luis. Luis se levantaba muy temprano todos los días se levanta muy temprano para trabajar para cuidar sus vacas y sus ovejas. Luis vivía con su mujer y sus cinco hijos.

Un día, su mujer salió a pasear por la Granja y encontró a una oveja lastimada y urgentemente fue a avisarle a su marido. Luis, salió corriendo hacia la Granja y vio a su oveja lastimada. La cargó en su camioneta para llevarla al veterinario, pero la pobrecita murió en el camino.

Al otro día, como todas las mañanas, Luis salió a recorrer su granja y advirtió que le faltaban dos ovejas más. Luis no entendía que podía estar pasando, hasta que vino su vecino Ricardo y le dijo: “¡Luis, Luis! Anoche vi como unos perros lobos se comieron tus ovejas” “¿Y por donde se fueron?” “Se fueron hacia el Norte”. Luis fue a su casa, llamó a su mejor perro, llamado Terry y salió de

cacería en búsqueda de los perros lobo que habían atacado a su ganado. Pero no encontraron a ningún perro lobo y volvieron a su casa preocupados. Mientras regresaban Luis le dijo a Terry: “Terry, no hemos encontrado a los perros lobo. Es muy importante que cuides de la granja” Terry, se quedó cuidando a todas las vacas y las ovejas hasta muy entrada la noche. Pero ya casi de madrugada desde lo profundo del bosque salió un enorme y feroz lobo y atacó a una oveja distraída que se había alejado mucho de sus compañeras. Terry corrió con todas sus fuerzas para socorrer a la pobre y desamparada oveja. Terry se prendió de un mordiscón del Lobo, el cual tuvo que soltar a la oveja y se puso a combatir con Terry quien era mucho más pequeño y liviano que el Lobo, quien pese a la diferencia de tamaño logró hacer huir al Lobo quien huyó hacia el Bosque.

La pelea fue tan dura, que todos los miembros de la Granja se despertaron.

Luis se levantó junto a su esposa y de inmediato salieron corriendo en pijama y observaron a la oveja lastimada la cual sólo tenía un rasguño. Siguieron corriendo y encontraron a Terry lastimado acostado en el pasto. Luis le pidió a Jessica que lo ayude a levantar a Terry para

cargarlo en la camioneta y llevarlo al Veterinario. Terry sangraba mucho y estaba muy, pero muy lastimado. Una vez que lo hubieron cargado, Luis salió velozmente hacia lo de su amigo el veterinario. Jessica y los cinco hijos se quedaron esperando en la casa, aguardando por una buena noticia. A las dos horas observaron que Luis regresaba en su camioneta. Luis vio a su esposa y a sus cinco hijos en la puerta de su casa y les gritó” ¡Familia! Terry está bien” y diciendo esto lo levantó del asiento trasero. Terry tenía una patita enyesada y una venda le cubría todo el pecho, pero pese a ello, una vez que Luis lo dejó en el piso, logró caminar lentamente. Los hijos de Luis, corrieron y abrazaron a Terry quien les lamía la cara a los cinco niños, Los lobos nunca más volvieron porque sabían que en la Granja de Luis vivía un perro que, pese a ser pequeño, era muy pero muy valiente.

El delfín Juancito

DIEGO LUCIANO AILAN ALLEVATO

Había una familia de delfines que se encontraban en un Acuario muy lindo, en donde todos los chicos se divertían con sus piruetas. Los padres eran dos delfines hermosos que se llamaban Delfina y Josefin. Tenían un hijo que se llamaba Juancito y que era muy mimado por todos los chicos que iban al Acuario. Ellos le daban de comer en la boca y jugaban de la mañana hasta la noche.

Pero un día vino un hombre muy malo al Acuario y al verlo tan hermoso quiso comprarlo. Como los dueños del Acuario lo querían mucho no quisieron venderlo. Pero el hombre que era muy ladino, en medio de la noche, cuando todos dormían se robó a Juancito y se lo llevó muy lejos. Delfina y Josefin quedaron tan tristes que dejaron de comer.

Los chicos que visitaban el Acuario no podían creer lo que pasaba. Se dirigieron al director del Acuario y lo convencieron de ir a buscar a Juancito. El director comenzó a visitar todos los acuarios del país, pero

Juancito no aparecía. Pero un día, en una ciudad muy alejada en el Sur de la Patagonia, el director se encontró con una vieja ballena que notó que el director cargaba una enorme tristeza sobre sus espaldas. La Ballena se llamaba Margarita, quien le preguntó al director del acuario porque estaba tan triste, y al enterarse que la tristeza provenía de la pérdida de Juancito, Margarita le contó que vio a un Delfín hermoso y bebido en un Acuario que había a dos kilómetros y que era regentado por un dueño muy, pero muy malo, que no le daba de comer a ninguno de los peces, focas y delfines que vivían allí. Entonces el director le pidió a la Ballena Margarita que lo ayude a rescatar a Juancito y a todos los delfines que estaban en poder del dueño malo. La Ballena Margarita le dijo al director que se suba en sus espaldas y juntos fueron nadando hasta el acuario, se dirigieron a la pecera en donde estaba Juancito y de un topetazo lo rompieron liberando a Juancito y subiéndolo al lomo junto al director. Pero Margarita no se quedó conforme con eso, y de cinco coletazos rompió todas las peceras y todos los animales del Acuario se fueron juntos hacia el mar, salvo Juancito y el Director que volvieron por la costa llevados por Margarita hasta encontrarse nuevamente con Delfina y Josefín y todos los

chicos que estaban esperando para abrazar nuevamente a Juancito quien no paró un segundo de hacer piruetas de felicidad.

Cuento de niño

LUIS MEJEIRA

Había una vez dos mascotas que se llevaban mal. Una se llamaba Pedro y era un Coquer. El otro era un gatito que se llamaba Jacinto. Jacinto y Pedro convivían en una enorme casa que los separaba por medio de una medianera con un vecino bastante malo, que tenía una mascota todavía más mala que el vecino, que no era ni más ni menos que un terrible y enorme ovejero alemán.

Si bien Pedro y Jacinto eran amigos, solían jugar toda la tarde y muchas veces se peleaban y no se amigaban por varios días. Un día, tras una pelea, Jacinto se marchó, y como lo hacía cada vez que se peleaba, empezó a caminar por la medianera ignorando los ladridos del horrible ovejero alemán. Pero esa mañana había llovido y la medianera estaba resbaladiza, lo que provocó que Jacinto se cayera en el patio del vecino. El ovejero a ladrido limpió lo corrió por todo el patio y lo arrinconó contra una esquina. En ese momento Pedro oyó los desesperados maullidos de Jacinto. Pedro se olvidó de la pelea y corrió

desesperadamente para ayudar a su amiguito. Pero Pedro no era tan ágil como Jacinto, él no podía subirse a la medianera así como así, por lo que tuvo que subirse a un tanque de agua y dar un enorme salto, interponiéndose en el acecho del ovejero. Pedro enfrentó al enorme ovejero, mientras Jacinto aprovechó la situación para escaparse nuevamente por la medianera y aullar con toda la fuerza de sus pulmones hasta que sus dueños salieron al patio y lograron separar al ovejero que tenía a mal traer al valiente Pedro.

Si bien los dueños de Pedro y Jacinto llegaron de inmediato, no pudieron evitar que Pedro sufriese una seria herida en su manito y un corte en su oreja. Pedro estuvo algunas horas en la veterinaria donde le hicieron las curaciones para luego volver a su hogar en donde Jacinto le hizo por siempre compañía para que no sintiera el dolor de las heridas. De esa manera comenzaron a hacer una gran amistad y aprendieron que la amistad es siempre mucho más fuerte y duradera que una pelea pasajera.

La granja de Don Juan

ADRIÁN MAXIMILIANO ACUÑA ALDERETE

Juan tenía una Granja en San Vicente, de aproximadamente cinco hectáreas en donde convivían una gran cantidad de animales de crianza: terneros, chivos, patos, gallinas y palomas paseaban todos los días por la Granja de Juan.

Él, todos los días se ocupaba de cuidar y alimentar a todos sus animales. Tenía una gran cantidad de gallinas ponedoras y de palomas mensajeras, siendo que pasaba la mayor parte del día cuidando a sus gallinas, ya que estaba muy orgulloso por lo lindas que eran y porque vendiendo los huevos de su granja podía mantener a su familia. Todas las mañanas iniciaba su trabajo retirando los huevos de sus gallinas. Pero un día notó que le faltaban varios huevos. Y al otro día igual. Y al otro y al otro. Juan se preguntaba como podía ser que le faltasen todas las mañanas algunos de sus huevos.

Juan le preguntó a sus ovejas, y a sus chanchos, y también a sus caballos, pero ninguno de sus amiguitos

les supieron decir porque le faltaban algunos huevos de gallina. Hasta que un día el más viejo de los patos, le indicó que de madrugada había observado a una enorme y peluda comadreja ingresar al gallinero.

Juan, muy preocupado por lo que le dijo el abuelo pato, decide colocar algunas tramperas para intentar cazar al malvado animal que le robaba sus huevos. Juan retiraba todas las mañanas doscientos huevos de sus gallinas ponedoras. Vendiendo esos huevos podía mantener a su familia y a los gastos de la granja. Los huevos de gallina eran muy importantes para él y por eso ponía tanto celo en cuidarlos. Pero por las mañanas, las tramperas seguían vacías y muchos huevos seguían brillando por su ausencia. La comadreja era muy astuta y no le tenía miedo a nada, entonces robaba los huevos muy, pero muy concentrada esquivando las tramperas de Juan.

Ante esa situación a Juan se le ocurrió una idea. Fue al palomar y les dijo a sus palomas mensajeras “Ustedes van a ayudarme” y dicho esto les pidió que cuando sintieran ruidos en el gallinero se colocaran frente a su casa, en la lagunita donde todos los animales por la noche concurrían a tomar agua, de esa manera despertarían a los caballos que eran bastante haraganes, quienes pensando

que era hora de tomar agua saldrían de la caballeriza galopando y con todo ese ruido, la comadreja se asustaría y cometería el error de intentar escapar rápido cayendo en las tramperas de Juan.

Por eso es que al otro día, se lo dedicó a reparar el alambrado roto del gallinero y durmió tranquilo. Al amanecer, sintió como las palomas volaban rasantes y se colocaban frente a su casa, frente a la lagunita. Al instante los veloces caballos, todavía muy dormidos galoparon para ser los primeros en tomar agua. Juan se cambió y fue raudamente hacia el gallinero para encontrarse que finalmente la astuta comadreja había caído asustada en una de sus tramperas.

Juan levantó la trampa y pausadamente le dijo a la comadreja “comadreja, tu y yo no nos conocemos y por eso no somos amigos. Pero yo igual te quiero porque como habrás observado en mi Granja todos somos amigos de todos y entre todos nos ayudamos cuando estamos en problemas. Yo entiendo las razones por las que tienes que comer mis huevos, pero te pido que por favor no me los sigas robando. Quiero que sepas que, pese a que no somos amigos yo te quiero tanto como quiero a mis palomas mensajeras” y dicho esto, Juan retira a la comadreja de la

trampera y la deja en libertad.

Juan era incapaz de matar a la comadreja y tampoco era capaz de quitarle su libertad. La comadreja valoró que alguien le haya brindado afecto, y siguió viviendo y comiendo como es su naturaleza, pero nunca volvió a molestar ni a Juan ni a sus amigos.

Los cachorros

LUIS ALBERTO BENÍTEZ BENÍTEZ

En la Selva Misionera hay muchos animales salvajes, como le dicen algunos humanos. Unos cachorros jugaban juntos, en su idioma se entendían, el mayor era el leoncito Alejo, quien junto a su hermana, Mimi, jugaban todas las tardes con el tigre Rodrigo, el puma Jorge y la monita Lucía.

-Che león Ale, vamos hasta el río a darnos un chapuzón y comer algún pescado (dice el puma).

El tigre enseguida dijo: Ayer vi varios yacares en la orilla tomando sol.- La monita Mimi que se encontraba junto a su hermana la monita Tanguera Malena, muy asustada dijo: Esos nos van a querer comer.-

-Yo te cuidare. Mejor dicho, todos te vamos a proteger de esos yacares y de cualquier daño que alguien les quiera hacer- dijo la leoncita.

-¡Si, Si! - gritaron todos.

Camino al río se cruzan con Doña Mona Enebi: Hola cachorritos ¿Adónde van con mis hijas?-

-Nos vamos un rato al río. ¿Las deja venir con nosotros? Las vamos a cuidar y nos portaremos bien.-

-Si mamá. Te juro que les voy a hacer caso y voy a portarme bien.- dijo Malena, la monita tanguera.

- Esta bien,-dice Doña mona- Esta vez la dejaré ir. Yo estaré en lo del tío Orangután Miguel, así que vayan a dejármelas allá. Tienen dos horas y treinta minutos, o no las dejaré nunca mas que vayan a pasear con ustedes.-

Todos contentos, agarraron a los besos a doña Mona, y se van para el río. Como siempre, hacía calor y esa parte del río esta llena de animales: garzas, tortugas, conejos topes, pelícanos, flamencos. La mayoría eran crías, cachorros y solo dos o tres parejas mayores, Don y Doña liebre, unos loros parlanchines y chismosos, todos disfrutando del día hermoso, nadando o en la orilla, como los pescados grandes llegaron a un acuerdo de no agresión con los leoncitos, estaban todos los pescaditos, lindos y feos, los más chiquititos y de los más grandes, pejerreyes, bagres, viejas del agua, surubíes, salmones y hasta peces espada; se divirtieron un rato, hicieron amistad hasta con los pescados y los sapos.

Cuando faltaban solo unos minutos para irse a la casa del Tío Orangután, llegan unos yacarés por todas

las direcciones, por la orilla opuesta, por el agua y por el frente. Eran tantos que no dejaban espacio para poder escapar.

-Hoy tendremos un banquete - dijo uno de los yacarés.

-Alcáncennos si pueden - dijeron las liebres mientras corrían.

- Para comernos tendrán que aprender a volar.- gritaron las aves mientras escapaban.

La monita tanguera se aferraba a su hermana. Estaba muy asustada, le temblaban las piernas y los bracitos. La mayoría de los animales que no podían volar o correr muy rápido, quedaron atrapados y muy asustadas. No tuvieron tiempo para reacción alguna.

Los únicos que podrían hacer algo son los felinos, pero éstos estaban tan asustados como los demás. A varios se les habían congelado el cuerpo y el cerebro de tanto miedo. Mientras tanto, los yacarés se seguían acercando y cerrando el círculo.

En medio de la desesperación un grupo de topes hicieron pozos logrando escapar. Unos sapos se pudieron evadir por atrás, junto con una familia de caracoles. Vamos a pedir ayuda y volvemos.- dijeron los topes.

Algunos flamencos y garzas pasaron en vueltas razantes, se llevaron tortugas y conejos, pero todavía quedaban muchos roedores.

-Hace años que no como un mono -, dijo un yacaré.

-Yo nunca comí, desde quiquito quería probar uno - le contesta otro.

-Yo una vez comí carne de león, era muy duro, porque estaba muy viejo, éstos estarán más blandos -, dijo otro yacaré disfrutando del miedo ajeno.

Otro yacaré propuso: 'Te voy a convidar carne de tigre, si me das un poquito de carne de puma, y a vos, (dice a otro), si me das carne de león.

-Ahora no parecen futuros reyes de la selva—bromeaban los yacarés mostrando sus afilados dientes.

Todos los rehenes estaban muy juntos, para darse coraje:

Súbitamente, el leoncito Alejo pareció despertarse del tenebroso letargo “Súbanse arriba de nuestros lomos” dijo. Primero subieron las monitas sobre Alejo y una familia de conejos en el resto de los compañeros.

Alejo parecía otro. Muy seguro de si mismo se dirigió al resto de los animalitos que habían quedado sin subir y les dijo – “Tenemos que tratar de escapar. Nosotros

correremos directamente hacia sus fauces. Lo haremos separados cada uno por dos o tres metros de distancia. Cuando estamos cerca saltamos lo más alto posible. Tendremos que ser muy cuidadosos con el salto, ya que sino es lo suficientemente alto nos morderán las patas. Cuando se distraigan con nuestro primer escape, los que quedan acá van a correr pegado a la costa lo más rápido que hayan corrido en sus vidas. A las tortugas les pido que cuando comiencen a correr se trepen al lomo de los conejos”.

- “Concéntrense muy bien porque si no hacen lo que dice Alejo, serán almuerzo y postre de los yacarés”, dijo el tigre.

Las tortugas no se movieron porque no habían escuchado nada. Estaban dentro de su caparazón escondidas, llorando de miedo, ya que creían que iban a morir sin despedirse de sus parientes y amigos. El puma, pacientemente fue una por una despabilándolas a golpecitos en sus caparazón, explicándoles el plan, y subiéndolas en las espaldas de los conejos.

“Agárrense bien fuerte”, dijo la monita Lucía, ya con menos miedo.

La leoncita Mimí se escabulló por entre los pajonales

por el costado de un yacaré dormilón y esperó. Cuando los felinos se prepararon para correr, Mimi rugió el rugido más fuerte de su vida. Su grito fue tan estruendoso que los yacarés creyeron que era el padre de los leoncitos, pues miraron temerosos hacia el lugar de donde provino el rugido. Esa distracción fue muy bien aprovechada por los felinos quienes salieron más rápido que una bala. Justo cuando estaban frente a sus sorprendidas fauces, nuestros amigos saltaron por encima de la primer fila de yacarés. Estos no sabían hacia donde mirar de puro sorprendidos. Detrás de ellos salieron los conejos con las tortugas la galope junto con todos los animales acorralados. Los ingenuos yacarés dejaron escapar a su comida. De puro porfiados se quedaron sin almuerzo, sin la cena y sin el postre.

Nuestros amigos, ya lejos del peligro se armaron de coraje y le hacían burla a los yacarés, y los amenazaban con volver con sus papás y mamás a vengarse.

Todos los ex rehenes le agradecieron mucho a los felinos cachorros y se fueron entre besos, abrazos y promesas de gratitud eterna.

Antes de llegar al árbol de tío orangután, nuestros amigos se juntaron a charlar para evitar el enojo de

mamá Mona y que les prohíba volver a juntarse a jugar. Acordaron no ir más solos al río. Siempre pedirían que los acompañe un mayor, padres o tíos, para que puedan ayudarles en caso de peligro. El puma propuso que la próxima vez vayan con el tío Orangután, y si llegan a aparecer los yacarés, los podrá asustar con su cara y con su feo olor. Todos estallaron de la risa menos la monita Lucia, porque se reían de su tío, y él no es feo ¿Que otra cara puede tener un orangután? Pero en un segundo, también se puso a reír con sus amiguitos.

Luego de la charla, reemprendieron el camino. Al llegar a lo del tío Orangután, se encontraron con que Mamá mona estaba muy enojada porque se habían atrasado en más de media hora. Dijeron que se les paso la hora porque no había sombra cerca para guiarse y les parecía que el sol siempre estaba en el mismo lugar y que los otros animalitos les decían que estaban hacia poco rato allí.

Pasaron el resto de la tarde en lo del Orangután, saltando, corriendo y jugando, hasta que mamá mona dijo que era hora de comer y de dormir, y que cada cual tiene que volver temprano con su manada, ya que los felinos son carnívoros y los monos son vegetarianos.

Así que los monitos se fueron cada cual a su árbol a comer y dormir y los felinos volvieron corriendo con sus papis y sus mamis, ya que mañana todos tienen que ir a la escuela. Los animalitos también estudian, tienen que aprender, por ejemplo a diferenciar plantas comestibles y venenosas, saber guiarse por el sol y las sombras de los árboles, sumar, restar y dividir árboles, que pueden hacer ante el peligro, a rugir como sus padres y tíos.

En definitiva, ir a la escuela a educarse como buenos animales que son.



